

Se cree pernicioso al nacimiento de los gusanos el empleo de pulos odoríferos en la confección de las cajas en que debe encerrarse la semilla, y la experiencia ha probado más de una vez, que el grano transportado en cajas que han contenido té, no ha nacido.

He expuesto todo lo que precede, por amor al bien público, á los progresos industriales y al comercio. En medio de las agitaciones de mi vida en Europa, he creído de mi deber ir á comparar sobre los mismos lugares nuestros procedimientos sericícolas con los seguidos en el Oriente, estar obligado á adoptar los mejores donde se hallen y señalar los que me han parecido defectuosos ó insuficientes. En nuestro Occidente debiéramos estudiar mejor de lo que lo hacemos, la educación de los gusanos de seda, y podríamos comprar en el Oriente diversas calidades de árboles más ventajosos, que nos faltan aún completamente, para llegar de este modo á regenerar nuestra antigua raza de capullos amarillos, y á obtener semillas que pongan un término á la desolante atrofia de los gusanos de seda.

Después el Oriente vendrá á su vez á aprender de los occidentales lo que ignora aún, el arte de hilar mejor la seda; y este cambio de beneficios y de ventajas recíprocos, contribuirá al advenimiento final de la unión fraterna de las naciones que, á pesar de las extrañas teorías aventuradas sobre los tiempos antehistóricos, todas tienen un tipo originario común, pues no son salidas de la tierra como los hongos, y que, bajo cualquier clima, se distinguen esencialmente de los bratos, no pudiendo ser una transformación de la especie de monos, porque todas descienden de un tronco único. Y si en el color de la piel y en sus facciones exteriores han sufrido alguna alteración, dependientes de la diversidad de climas ó de otras causas, ellas no han conservado ménos el carácter esencial é indestructible de la unidad de su tipo primitivo, unidad que recuerda la del sol que anima con sus rayos, y desde su principio, á la especie humana que, considerada colectivamente y á pesar de las distancias, de la variedad de climas, de temperamentos y de educación, queda sometida á la ley imperiosa de la verdad, cuya evidencia incontestable es una palabra de paz y de unión nacional é internacional, convidando á todos los hombres á un amor mutuo.

Repito, lo poco que acabo de exponer tiene su fuente única en el afecto que profeso al país en que he nacido, en esa bella Italia, tan lejos hoy de mí, y donde he pasado la mejor parte de mi vida.

¿Mis lectores se contentarán con estas rápidas observaciones que acabo de someter á su juicio? No lo sé. Pero yo no dejo ménos de concluir declarando con sinceridad: *Feci quod potui, faciens meliore potentes.*

En Yokohama (Puerto del Japon) 21 de julio de 1871.

Isidoro Dell' Oro.

DE LA INFLUENCIA DE LA EDUCACION

sobre la moralidad y el bienestar de las clases obreras, por A. Desbilligné.

(Traducido por Graciliano Acevedo, Subdirector de la Escuela normal nacional, establecida en el Estado soberano de Antioquia).

PARTÉ TERCEIRA.

CAPÍTULO IV.

Influencia de la educación y de la moralidad en el desarrollo industrial.

Es imposible separar la cuestión del desarrollo industrial de la del bienestar, pues que si en otro tiempo existían dudas en algunos espíritus sobre las ventajas de la industria para las poblaciones en medio de las cuales prosperaba, ellas han desaparecido totalmente. Cierto es que las objeciones que se deducen de la situación de la Inglaterra en algunos puntos en que se ven los más dolorosos cuadros del pauperismo al lado de la prosperidad industrial, habían producido justas preocupaciones; pero la experiencia ha hablado más alto en Francia como en el resto de la Europa, disminuyendo la importancia de los argumentos basados en la penosa situación de aquellas partes de la Inglaterra. Entre nosotros es un hecho averigua-

do hoy que los departamentos industriales son esos en que el bienestar es mayor, y que, por una reacción inesperada, esta misma influencia tan fecunda se extiende por las poblaciones rurales vecinas de las aglomeraciones industriales. En Bélgica como en Alemania se han obtenido idénticos resultados; sin embargo ha habido sus errores: en muchas partes de la industria se han hecho ensayos cuyo éxito no correspondió á las esperanzas de sus fundadores, y de aquí han surgido las miserias. Por otra parte la prosperidad de ciertas manufacturas ha causado un desarrollo tan rápido en la producción, que los mercados de este modo embarazados, han ocasionado algunos inconvenientes, y más frecuentemente acontecimientos imprevistos han venido á poner trabas á ciertas industrias á las cuales no se les puede tachar de imprudentes. Así es como la guerra de América produjo esa crisis en el algodón, imponiendo al propio tiempo á la fábrica de Leon una suspensión prolongada por la supresión brusca de las salidas que nuestras sederías hallaban en los Estados Unidos. Empero, por graves que sean estos hechos, no pasan de ser una excepción en el conjunto del movimiento industrial: mientras uno ó dos ramos sufren, otros veinte continúan por fortuna en su prosperidad y dando en sus industrias ocupacion á los brazos que la hayan perdido. Puede decirse, pues, sin temor de contradicción que tanto en Francia como en Bélgica y Alemania, el progreso de la industria y el adelanto en el bienestar han andado juntos.

Fácil es determinar la causa de esto: cuando una nación que anteriormente compraba fuera los productos manufacturados ó los naturales, pasa á sacarlos de su propio suelo ó á crearlos con su industria, tiene que aumentar su riqueza general; y si va más lejos, si exporta estos productos al exterior, viene á ser para ella una nueva fuente de riqueza. Y ésta queda en manos de los productores? En parte, sí; pero la otra pasa á las de los obreros; pues que todas las veces que la industria prospera, hay una demanda de brazos cuya consecuencia es siempre el alza de los salarios. Además, es necesario hacerlo notar: no hay bienestar posible sin que los salarios sean suficientes, y todos los que han tenido qué estudiar este problema tan difícil del presupuesto de una familia obrera, saben cuán embarazoso es el encontrar, no tanto el elemento de economía, sino la posibilidad de vivir con los salarios reducidos que había ahora veinte años en muchas de nuestras provincias y en algunos Estados de Europa, y que aún subsisten en los países poco adelantados.

Hay publicistas que sostienen que se disfrutaba entonces del mismo bienestar que al presente, porque el precio de los géneros ha aumentado en proporción á la elevación de la hechura. Tengo por exagerado este cálculo; pero admitido, es el alza en los salarios en un país que solo tiene el aumento en el precio de sus artículos? Más exacto será el decir que el aumento del bienestar en el mundo entero ha traído una alza general en todos los precios. Siendo al presente todos los mercados más ó ménos solidarios, cuál sería la suerte de un pueblo que hubiese fundado sobre el bajo precio de las obras de mano toda su prosperidad? Evidentemente que se vería reducido al estado más lamentable, y en una población obrera de seguro que no era la temperancia la que sobrevendría, sino las privaciones y las angustias. Regocijémonos al considerar que al mismo tiempo que se verifica el alza en los salarios, y con éstos la seguridad en el bienestar, la cifra de la moralidad se disminuye, viniendo á ser la duración média de la vida también más larga.

Dícese todavía que los obreros cuyos salarios son subidos tienen cierta propensión al derroche y á la intemperancia; sí, de ello ha habido tristes ejemplos, y con mucha frecuencia el dinero ganado fácilmente se gasta también de la misma manera; mas esto es lo que precisamente exige la propagación de la instrucción en las poblaciones obreras. El mayor enemigo de la tábena es el progreso intelectual, la enseñanza de los adultos, el gusto por la música, la escuela de perfeccionamiento del domingo, son así mismo esas santas distracciones, esos ejercicios del cuerpo de que la Saiza alemana nos ha presentado ejemplos bastante notables, y cuyos hábitos adquiridos en la escuela han sido su germen. No se diga, pues, que los salarios crecidos son la causa de la intemperancia, dígame más bien que las causas son la ignorancia del pueblo, la impoten-

de las mujeres mal educadas para detener á sus maridos é hijos en su hogar, y en fin, la imprevisión en las administraciones que no han hecho lo bastante para asegurarles á las clases obreras placeres sanos y honestos.

Felizmente el número de los centros obreros que ofrecen tan doloroso espectáculo viene á ser de día en día más reducido. En Francia, en Alemania, en Suiza, en Bélgica y en muchas partes de la Inglaterra, es fácil citar numerosísimos ejemplos de poblaciones instruidas y morales en las que con el alza en los salarios se ha afianzado el bienestar, y cooperado al mejoramiento de las costumbres, en vez de servirles de obstáculo. En efecto, cuando el diario del obrero se paga mejor, puede, luego que ha mejorado su alimentación y la de su familia, procurar también alguna mejora en su habitación, tener sus muebles algo más cómodos, un aposento más espacioso, y de este modo hallándose bien dentro de su casa, no tendrá ya deseo de salir de ella. He tenido frecuentemente el gusto de entrar en las habitaciones de los obreros amigos de orden, y no sabría yo decir con cuánto placer la casera me enseñaba su mobiliario ostentando el aseo, y su vajilla en el mayor orden: veía yo cerca de ella sus niños vestidos con sencillez, pero convenientemente y con decencia. El marido estaba allí, ufano con su hogar, reposando apaciblemente después de su trabajo y poco dispuesto á salir en busca de placeres. El bienestar no se halla sino cuando el salario alcanza á satisfacer las necesidades de la familia, y no se mire esto, como en otro tiempo, como una excepción, á causa del desarrollo de la industria.

Si puedo dar ya por demostrada la saludable influencia del desarrollo industrial sobre el bienestar de las clases obreras, me falta ahora señalar el papel que ha hecho en la grande extensión de la industria el progreso de la instrucción y el de la moralidad.

Su importancia es permanente, mas ésta ha sido mucho más notable después de las transformaciones modernas en el trabajo y de la introducción de las máquinas. Cuando el trabajo era puramente manual, se podía aún comprender que las poblaciones bien gobernadas lograsen, no sin moralidad aunque sí sin instrucción, obtener la paga por sus tareas, y concurrir á la prosperidad industrial de su país; pero en el día, cuando las máquinas han removido todas las industrias y cuando la facilidad en las comunicaciones tiene suprimido el monopolio de que disfrutaban en otro tiempo ciertos centros favorecidos, la victoria pertenece al pueblo que sea más instruido y más moral.

Los perfeccionamientos mecánicos no son, en efecto, prácticamente posibles, sino con obreros ilustrados; pues que no deben confiarse esos motores poderosos, esos instrumentos delicados á hombres ignorantes ó embrutecidos por la bebida, en cuyas manos los desastres serian continuos y la utilidad que se reportara ninguna.

Además, sucede frecuentemente que esos instrumentos mecánicos, por bien contruidos que hayan sido, exigen para su aplicación á las necesidades especiales, una observación inteligente de parte de los que les manejan á fin de sacarles así mismo el mayor provecho. Los directores, los ingenieros y los contramaestros contribuyen en parte á esto, pero el obrero debe intervenir no ménos. Es éste quien estudiando constantemente las operaciones y construcción de la maquinaria, puede mediante su instrucción, hacer notar los defectos como también indicar los medios de mejora en los instrumentos. No hay industrial que no sepa por su propia experiencia todos los adelantos que se han obtenido de esta manera.

Tomemos un trabajo que al parecer sea de los más sencillos; el calentamiento de una caldera, por ejemplo; cualquier obrero creeriase bastaba al efecto, y aunque en rigor así es, luego se comprenderá toda la ventaja que tendría el que instruido supiese mejor economizar el combustible necesario para su perfección. Vamos á Mulhouse y acerquémonos á esos hornos de la industria tan numerosos como son en Alsacia: el carbón es caro y es necesario usarlo con tino; pero para esto, todo se ha consultado y se toman las precauciones más acertadas. Se necesitan calderas muy perfeccionadas, pero también de un tratamiento más difícil, y son varias las dispo-

siciones delicadas que no se pueden confiar sino á manos cuidadosas. Según los combustibles empleados, esas disposiciones se modifican, y con el objeto de llevar la cuenta del consumo, hay necesidad de formar ciertos cuadros diariamente. El obrero debe estar perfectamente al corriente de todos los cálculos, pues que su salario depende de esto, y por consiguiente lo interesa la economía obtenida. Se da tanta importancia á la necesidad de tener hábiles obreros para este trabajo, en apariencia tan sencillo, que hace dos años tuvo lugar un concurso solemnemente de calentadores bajo los auspicios de la Sociedad industrial.

He hablado de instrucción, veamos el aspecto moral: este calentador, si ha tenido la desgracia de pasar la noche bebiendo y en la disipación, puede ser vencido por el sueño y así comprometer la seguridad de todo el establecimiento. Se deberá, pues, por la tranquilidad de todos, despedir sin vacilar al obrero encargado de tales funciones y que sea inclinado al desorden.

Veamos ahora una explotación moderna de uña; ya no hay allí, como en otro tiempo, un gran número de pozos como preparaciones imperfectas: todo está concentrado en un solo orificio provisto de poderosos aparatos de elevación. Esta transformación ha sido necesaria á medida que el carbón se ha ido profundizando. Entremos en el edificio de la máquina y veremos el trabajo de que está hecho cargo el obrero: este hombre hace andar una de esas grandes máquinas directas que imprimen al cable una velocidad de seis metros por segundo. Una equivocación sola, un descuido por parte de ese hombre, y las consecuencias serian terribles; y se podrá entonces confiar tal encargo al obrero fatigado por la intemperancia? La imprudencia saldria bien cara. Se podrá asimismo tener un ignorante sin exigirle otra cosa que el hábito material del trabajador en un telar que no adquiere sin conocimientos previos? Consultense todos los industriales y se verá que están de acuerdo en que aquel hombre debe conocer perfectamente bien la máquina, saberla conservar y hacerle las reparaciones consiguientes sin el auxilio de obreros de otra parte, pues que frecuentemente ese pozo está aislado, sin tener en sus inmediaciones ningún taller de construcción de donde se pudiera enviar un oficial para reponer la pieza ó cualquiera otra cosa dañada. De esto resultaria una demora, y este grande establecimiento de que depende el trabajo de doscientos mineros, no podría esperarse. Es preciso, pues, que el mecánico sea bastante instruido para hacer por sí mismo una ligera reparación que por lo común no demanda sino algunos instantes.

Pero se me dirá, esos mineros que están allí, qué aprovechan con la instrucción? Ella puede no ser necesaria á todos, pero sí es indispensable á los jefes de taller, y como sin emulación no hay trabajo bueno, es muy de desearse que los mineros formen un plantel de hombres suficientemente instruidos para que se pueda sacar de entre ellos los reguladores y los maestros mineros. Para conducirse en ese laberinto subterráneo, se tienen ahora planos completos y trabajados con cuidado diariamente. No se avanza sino poco á poco y con seguridad, y la instrucción no solamente entre los jefes obreros, sino también entre los ingenieros, ha reemplazado á la rutina. Por otra parte esas grandes empresas tienen su contabilidad minuciosa, y todos los inspectores deben saber muy bien escribir y contar: el minero que no sabe leer se ve, pues, obligado, toda su vida, á hacer el mismo trabajo sin poder ascender. Es preciso entonces que él se interese por aprender á fin de ennoblecere su modesta existencia con una santa emulación! Que cosa más triste para un obrero que el convencimiento de que estará eternamente condenado á una misma tarea, y que un porvenir mejor le es vedado? Maldice entonces su destino y á la sociedad á quien hace responsable. Pero cuando del seno de una población inteligente é instruida salen de tiempo en tiempo ya los contra-maestros, ya los reguladores de trabajo, ya los jefes obreros aunque de tarde en tarde, ya los jefes de industria, entonces hay para todos los que se sienten capaces de ser llamados á su turno á estos adelantos, una esperanza halagadora que los sostiene y moraliza. Mas esto bien no existe sino en las poblaciones instruidas.